III.

Continuación del paseo del monje.--El canto del ave.

¡Triste del monje Alfeo
Que en tales reflexiones abismado
Prosigue solitario su paseo,
Por el oscuro bosque deja el prado;
Deja tras sí las conocidas sendas,
De vista pierde el campanario altivo,
Y sin objeto y al azar camina
Por la selva vecina,
Muerto a la fe y a sus dolores vivo!

Mas hubo de internarse por lugares
Que acaso nunca visitó; a los lados
De la vereda que transita el monje,
Pinos gigantes, cedros seculares
Alzarse vió, y a sus robustos troncos
Enlazarse la hiedra enamorada,
Y sus hojas tupidas
Tejer fresca enramada
Al insecto y las aves escondidas.
El sonoro arroyuelo
Que allá discurre por la verde alfombra

Del árbol se oscurece con la sombra, O bien su espejo claro presta al cielo. Pero ¿dónde belleza igual habría A la de aquellas flores Que en su extensión la selva contenía? ¿Dónde colores hay cual sus colores? ¿Dónde perfumes hay cual su perfume Que vuela en alas de la brisa amiga Y al encantado Alfeo Presta nuevo vigor y no le hostiga? Jamás lo que antes viera Le pareció tan bello: su mirada, Del monte a la pradera Discurre extasïada, Y, por gozar mejor de aquel contento, Sobre roca de musgo tapizada El entusiasta monje toma asiento. THE PERSON NAMED AND PARTY OF THE PERSON NAMED IN THE PERSON NAMED

Y de la copa de árbol vecino
Eleva un ave sonoro trino:
Llena las selvas su grato acento;
Por dondequiera repite el viento
La dulce voz;
Cara a las almas, cual la memoria
Del bien perdido, cual la esperanza
De goces puros que allá en la gloria
Tan sólo el justo varón alcanza,
Dados por Dios.

No; ni el suspiro de tierno infante Cuando tranquilo duerme en su cuna, Ni el són del remo sobre el brillante Plácido espejo de la laguna

Pueden llegar
A lo suave de aquel sonido,
De los mortales jamás oído
En bosque o prado, valle ni loma,
Y que adormece, como el aroma
Del azahar.

No hay voz humana ni melodía
Que con sus notas conmueva tanto
Como las notas que oir hacía
El ave aquella siguiendo el canto
Que comenzó.
Ciencia y virtudes, dicha sin tasa
Recibe el hombre que, por ventura,
El linde santo del bosque pasa
Y oye asombrado la igual dulzura
De aquella voz.

Ninguno empero; tan sólo Alfeo
La oyó, sentado sobre la peña:
Ni sabe el monje si, en su deseo,
Tamaña dicha su mente sueña.
¡Monje feliz!
Él no se cansa de oir al ave,
Si bien el canto divino dura;
Y abre sus labios el monje grave

Y en suplicante tono murmura, Mirando al ave que vuela esquiva: «Mientras yo viva Cántame así!»

And Deligner of the Control of the C

«¡Cielos! —clamó, como al volver de un sueño Breve y dichoso, el monje—¿qué me pasa? ¿Por qué el canto cesó? ¿qué canto es este Que al alma torna la quietud perdida, Y que con gusto sin igual oyera Hasta el último aliento de mi vida?» Álzase de la roca donde estuvo Sentado, y luego advierte Que de sus miembros, vigorosos antes, La fuerza varonil huyó de suerte Que sus piernas flaquean Y en sustentar el cuerpo mal se emplean. Con pasos vacilantes, La vista oscura ya, tardo el oído, En su nudoso báculo apoyado,. Y el ánimo con sueños distraído; Después de haber errado Por las diversas intrincadas sendas De aquel sitio encantado En donde oyó del ave el dulce acento, Donde aspiró tan peregrino aroma, El religioso toma, No sin trabajo, el rumbo del convento.

Pero ¡gran maravilla! Del sendero que sigue silencioso Vió en una y otra orilla, Al salir del convento en la mañana, Arbustos pequeñuelos, Y se han trocado en árboles frondosos Cuyas cimas ya tocan a los cielos. En un recodo del sendero, mana De peñascos musgosos Para el varón desconocida fuente; Sobre el arroyo está que della nace, Edificado un puente: Rebaño de blanquísimas ovejas Cerca del agua cristalina pace, Y el pastor que las cuida Al viento da las melodiosas quejas De su flauta sentida. Viendo al monje, suspende La grata ocupación, y luego exclama Interrogando a los demás pastores: «¿Este monje quién es? ¿Cómo se llama?» -«Es de Olmutz,» le contestan; pero nadie Al religioso anciano ha conocido, Auque al convento acuden día por día Todos, y el nombre tienen De los monjes de Olmutz muy bien sabido.

IV

Vuelve Alfeo al convento. - Su desengaño. - Su muerte.

De una en otra sorpresa Camina el monje, de inquietudes vivas Su acongojado espíritu hecho presa. A la pradera sale Que de la antigua iglesia al pie se extiende. Y allí ¡doble misterio! Luego hiere su vista y le sorprende La nueva faz del santo monasterio. De dobles dimensiones La iglesia es ya, y en su redor se elevan Modernas construcciones: Los árboles pequeños han crecido, Bañado el pie por arroyuelos mansos Que aguas brillantes y sonoras llevan, Gusto dando a la vista y al oído: Ni siquiera existía En el mismo lugar do estuvo siempre La oscura, aunque espaciosa portería.

Cuando el anciano halló la nueva entrada
Y llamó suavemente,
No sin notar que la campana era
De metal diferente,

Apareció desconocido lego
Que la verja de hierro abrió ligera.

—¿Qué es del portero Antonio? dijo luego
El monje anciano con temor y angustia.

Y, atónito mirándole, contesta
El lego entre confuso y altanero:

—¿Qué decís? ¡Buena es esta!

Jamás he conocido tal portero.

—¡Cielos! prorrumpe estupefacto el monje:
¿El convento de Olmutz no es éste acaso?
¿No salí de mi celda esta mañana?

—Cinco años hace que conservo el puesto
En que me halláis, replica
El lego, y no ví monje que tuviera
Semejanza con voz grande ni chica.

Pálpase Alfeo la abrasada frente,
Lleva asombrado en derredor los ojos;
Ve que pausadamente,
La cabeza cubierta
Con la capucha parda, sus hermanos
El silencioso claustro recorrían:
Él a llamarles por su nombre acierta;
Mas ¡ay! ¡esfuerzos vanos!
Porque ellos a su voz no respondían.
Corre hacia donde están, y de uno en uno
Vióles la faz y conoció a ninguno,
Y exclama entonces: «¿Qué portento es este?
¡Por compasión miradme, hermanos míos!
¿Nadie me ha conocido antes de ahora?

Al oir este nombre, un monje anciano,
El más viejo de todos, dice: «Creo
Que hubo un tiempo en el claustro sabio hermano
Que se llamaba así: se complacía
En frecuentar la soledad augusta
De los vecinos bosques; era bueno
Y querido de todos; mas un día
Salió del monasterio, cual solía,
A vagar por el campo, de la aurora
A los dulces reflejos;
Nadie a verle tornó; su fin se ignora:
Esto he oído contar a los más viejos.»

Oyendo tal discurso Alfeo, lanza penetrante grito, Las manos cruza y prosternado en tierra, Así exclamó con ánimo contrito: «¡Oh Dios piadoso, que mostrar quisiste A mi espíritu flaco sus errores, Cuando enojado viste Que comparó las inmortales flores De tu gloria infinita Con las flores del mundo pasajeras Que ajan los años y el dolor marchita! ¡Todo un siglo he pasado Del santo paraíso al ave oyendo Dulcísima y canora, Y lo que a grato sueño fuí entregado Estáme pareciendo

Que fué sólo una hora! ¡Señor, te apiada de las culpas mías! Lo que valen comprendo De tu mansión las santas alegrías.»

Dijo esto el monje y extendió los brazos
En dirección del cielo
Y, ya al romperse los vitales lazos,
Sus labios, yertos casi,
En señal de humildad puso en el suelo.
Quedó luego tendido el cuerpo inerte;
Mas el ánima al cielo se levanta,
Y oye al ave que canta
Por una eternidad...¡Dichosa muerte!

1855

MEMORIAS DE UN PEREGRINO